

# **Piratas en el Santa Lucía**

Helen Velando

loqueleg

## Una misión arriesgada

—Mi nombre es Bond, James Bond.

—Y el mío es Cisco, Fran Cisco. Pero me dicen Pancho.

—Es un placer conocerlo, agente Pancho.

—Lo mismo digo, don Bond. Disculpe, me quedé con rima.

—007.

—7102984.

—¿Ese es su número clave, agente Pancho?

—No, ese es mi teléfono.

—Comprendo. La misión lo tiene nervioso.

—Exacto, don Bond, me tiene muy nervioso. Por eso tengo pesadillas.

—Usted va en misión al río Santa Lucía. ¿Es eso correcto?

—Es correcto. Debo pasar una interminable semana con mis primos.

—Es una misión muy arriesgada, le deseo suerte, agente Pancho. Y ahora lo dejo porque viene una señora a sentarse junto a usted.

—Espere, don Bond. Quiero preguntarle algo: ¿cómo hago para sobrevivir esta semana? ¿A quién le pido auxilio? Auxilio, auxilio, auxilio, auxilio. ¡Auxiliooooo!

—A ver m'hijito, despertate, que estás gritando y yo tengo que pasar —dijo una señora un tanto gorda y se abalanzó sobre el asiento del lado de la ventanilla.

8 Pancho despertó sobresaltado y rápidamente se dio cuenta de que había gritado pidiendo auxilio. No fue por intuición, sino porque el resto de la gente que viajaba en el ómnibus lo miraba y escuchó alguna que otra risita. Pegado, totalmente escrachado, y todavía faltaban como cincuenta quilómetros para llegar a Santa Lucía.

“Tranquilo —pensó—. ¿Qué haría James Bond en esta situación? Respuesta: ponerse los lentes negros y chiflar haciéndose el distraído.” Por eso Panchito se puso los lentes negros y chifló haciéndose el distraído, tratando de disimular, mientras la señora colocaba su extenso cuerpo en el asiento de al lado y ya comenzaba a roncar.

Cuando comprobó que los ronquidos habían distraído al resto del pasaje, él se estiró en el asiento, se subió el cuello de la campera y se ajustó los lentes negros; tenía miedo de dormirse de nuevo y soñar otra vez con James Bond. Miró por la ventanilla el interminable paisaje del campo y las casitas a la vera de la carretera: iba a ser una semana muuuuuuy larga.

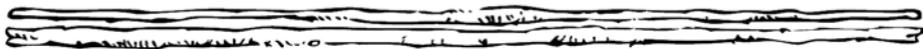
En el momento en que sus padres le dijeron que se iban en Semana de Turismo a Buenos Aires, Pancho

saltó de felicidad. Después vino su hermano y le comentó que él también se iba toda la semana a la casa de la novia en Piriápolis. Volvió a saltar y a saltar de felicidad, y justo cuando ya estaba por romper el techo del dormitorio con los cabezazos, ¡zácate, la terrible noticia!: “No tenés de qué preocuparte, mi amor, vos no te vas a quedar solo. Los tíos te invitaron a pasar la Semana de Turismo en Santa Lucía”. En el momento en que escuchó a su madre decirle esto dejó de saltar —y de romper el techo— y se quedó helado como un iglú, como si le hubieran echado un balde de agua fría, más bien helada y con muchísimos cubitos.

La segunda mala noticia se la dio su padre: “Te vas a divertir mucho, Francisco. Se van a ir a acampar al río con tus primos”.

“¡Qué maravilloso! ¡Acampar con los primos! —pensó—. ¿Puede haber algo más glorioso que ir a acampar con mis primos al río? ¿Qué más puede desear un ser humano en esta vida? ¡Oh, benditos seáis, padres míos, por iros a Buenos Aires a pasear y por darme esta maravillosa posibilidad! ¡Os agradezco! Os, os, os... ¿Qué pavadas estoy pensando?” —se preguntó Panchito.

La señora junto a la ventanilla emitió un sonoro ronquido, dio vuelta la cabeza y la acomodó sobre el hombro de Pancho. “Mejor, así me voy acostumbrando al sufrimiento —se consoló—. La misión de sobrevivir esta semana en Santa Lucía no la agarra ni James Bond.”



## Historias del pasado

En realidad, el problema no era el lugar, ni los tíos, ni acampar, ni los primos. El problema era uno solo: la prima Checha.

11

Cuando él era más chico, su papá y su mamá iban muy seguido a Santa Lucía, a la casa del tío Miguel, el hermano de su padre. Pancho y su hermano tenían muy lindos recuerdos de la tía Aurora, que les hacía siempre tallarines caseros con tuco de pollo. El tío Miguel y la tía Andrea tenían tres hijos: Cecilia, Facundo y Emiliano.

Pancho siempre terminaba jugando al fútbol con los primos chicos, mientras su hermano y la prima Checha se iban a las maquinitas.

El problema surgió cuando su hermano empezó el liceo y dejó de acompañarlos a Santa Lucía, porque entonces la prima Cecilia se dedicó solo a Panchito.

Ahora hacía tres años que no iba a visitarlos. La última vez que se vieron fueron los tíos a quedarse a su casa, y por fortuna la prima Checha no fue porque

tenía un examen de inglés. Claro que ahora él debía ir a su territorio y el enemigo iba a estar esperándolo, acechándolo en cada rincón.

12 La única tregua con la prima Cecilia era cuando la tía Aurora los llamaba a comer. En ese momento mágico con olorcito a salsa de tomates maduros, la paz reinaba en la casa del tío Miguel. Todos se sentaban alrededor de la mesa debajo del alero y nadie parecía tener apuro. El tiempo se detenía en esos tallarines y el queso se desparramaba en la pasta casera inundando de exquisitos aromas el patio.

La tía Aurora tenía casi ochenta años y unos ojos verde agua, claritos y limpios como una lluvia de verano, el pelo blanco recogido en un rodete por algunos ondulines, y siempre llevaba puesto un delantal. Pancho no podría haberla imaginado sin él: era como parte de la tía, de esa tía de su padre que tanto quería. Pancho no había conocido a su abuela, pero en la tía Aurora había mucho de ella. En su habitación había una antigua foto de color sepia en la que las dos hermanas estaban posando junto a un sillón y un jarrón con flores. Se parecían muchísimo y Pancho estaba seguro de que su abuela Teresa había sido tan linda y dulce como la tía Aurora.

El ómnibus se detuvo y Pancho recién se dio cuenta de que estaban entrando en la ciudad. Faltaba poco para el terrible momento. “Tranquilo, James, ya has pasado por misiones más peligrosas, ¿o no?”